

Humboldt paseaba meditabundo en el cuarto; al fin dijo:

—Malhadado contratiempo, porque si es cierto, peligrará mucho la realizacion de nuestro viaje, que hemos calculado en cinco años.

—Yo no creo ni una palabra, dijo Bonpland.

—Ni yo tampoco, dijo Soto. El buen hombre quiere darse importancia.

—Sin embargo, es necesario andar con precaucion, dijo Humboldt. Reflexionad que estos hombres son de inteligencia limitada. Soy, pues, de opinion que avancemos hasta la isla de San José, que es el punto mas al Sur de las posesiones españolas. Acaso allí sabremos algo mas de positivo.

En la mañana siguiente, Humboldt y los suyos se hallaban en camino para San José.

CAPITULO XVI.

Una sorpresa.

Habian pasado ocho dias, cuando Humboldt, Bonpland, Soto y el Padre Zea, seguidos del mulato y de un indio que les servia de guia, pasaban por un espeso bosque del territorio de los Caribes, en direccion á las orillas del Orinoco. El patron con la canoa, les seguía por las ondulaciones de un riachuelo.

En las facciones de Humboldt, constantemente tan apacibles, se notaba una lijera sombra de disgusto, y tambien Bonpland carecia de su buen humor acostumbrado; solo Soto no podia ocultar cierta satisfaccion, motivada por el pensamiento de hallarse de retorno, y

con la esperanza de estrechar pronto en sus brazos á su amada Arabela.

Por otra parte, el disgusto que experimentaban Humboldt y Bonpland, era producido por un justo motivo: el aviso del comandante del castillo de San Felipe estaba bien fundado, porque en efecto, les amenazaba un gran peligro en la frontera portuguesa.

Habian llegado hasta la isla de San José. Un poco mas abajo de esta isla, en un punto donde hay muchos naranjos silvestres, se encuentra una roca de doscientos piés de altura, con una cueva que los misioneros llaman «Glorieta de Cocuy,» que es la misma en que el Apoto Cocuy, jefe de los Manivititanos tuvo su harem, y donde se comía á las mas bonitas y mas gordas de sus mujeres. Era por consiguiente de suponerse, que Humboldt y los suyos visitasen este lugar histórico, y como se esperaba á Humboldt en las fronteras portuguesas, y se habia prometido una recompensa al que lo aprehendiera, se encontraba con este fin, en la cueva referida, una horda de aventureros, cuya principal ocupacion era la caza de indios.

Lo que esperaban sucedió. Humboldt, Bonpland, Soto, el mulato y el patron de la canoa, subieron á la cueva. Se hallaban examinando los esqueletos pintados de color rojo, de las pobres mujeres que habian servido de alimento á Cocuy, cuando fueron sorprendidos por la gente que los acechaba, y habrian sido capturados infaliblemente y conducidos á Lisboa, perdiendo sus libros,

instrumentos y diarios, si la advertencia del comandante no los hubiera hecho mas precavidos. Así es que, habiendo estado bien armados, hicieron resistencia, y ayudados por los indios de la canoa, que ocurrieron luego en su auxilio, quedaron vencedores Humboldt y los suyos. Tres de los aventureros perdieron su vida, y los otros huyeron. Uno de los primeros confesó, antes de morir, echando maldiciones, que estaban pagados para llevar presos á los viajeros, y al fin no escaparían, aunque de pronto se hallaban vencedores.

A consecuencia de este acontecimiento, no quedaba á los viajeros otro recurso que volverse, tomando por el rio Caciquiari y el Orinoco.

Pero, ¿quién comprende los designios de la Providencial! Ninguno de los viajeros sospechaba lo que les iba á suceder, y que esta forzada vuelta serviría para evitar grandes desgracias.

Acababan de dejar uno de esos inmensos bosques vírgenes, tan abundantes en aquellas regiones, y entraban á una llanura, que parecia pequeña á la vista, la cual se hallaba cubierta de zacate muy grande, á la altura de un hombre. De cuando en cuando asomaba la cabeza uno que otro venado, mientras las puntas del zacate, movidas por un viento suave, formaban ondulaciones, dando así á toda la llanura el aspecto de una mar en movimiento.

Cuanto mas se internaban los viajeros en esta llanura, tanto mas se extendía ante su vista, y el silencio se

hacia mas profundo, lo que produjo en ellos cierto humor térico que les oprimia el corazon. Este mal humor, debido en parte al contratiempo que habian sufrido, se aumentaba cada vez que el sol se ponía, porque ya llevaban tres dias sin ver el fin de la llanura.

Repentinamente el indio anciano, que habia servido á los viajeros como patron de la canoa, y que á la vez era el guía, dió un grito de sorpresa, quedándose inmóvil. Humboldt y Soto se acercaron, y vieron á su frente una huella en el zacate, bastante ancha.

—¿Qué significará esto? preguntó Humboldt.

El indio al principio no contestó; pero sus miradas parecian buscar algo en el suelo ó á lo léjos, indicando cuidado. Al fin, exclamó con voz imperceptible, y poniendo el dedo en la boca.

—Es la huella de una gran partida de indios.

—¿Y qué tiene esto de particular? preguntó Bonpland.

El viejo le contestó con tono grave:

—¿Podrá leer el jóven de la piel blanca lo que está escrito en este zacate pisado?

—Habrà pasado alguna partida de Caribes cazando, opinó Bonpland.

—Estas no son las huellas de una caza, contestó el anciano, moviendo la cabeza, sino de muchos guerreros.

Pero en este momento debió haber notado algo en el zacate con su excelente vista, porque avanzó un poco, levantó algo del suelo, y examinándolo brevemente, exclamó:

—¡Otomacos!

Era una punta de flecha, de cuya construccion y caña reconoció que eran los Otomacos quienes habian pasado con direccion á los bosques de los Caribes. Ya no cabia duda: los Otomacos y los Caribes estaban en guerra, ó..... una partida de Otomacos iba á sorprender á los Caribes. Tambien aseguró el patron, que aquella habia pasado el dia anterior, porque su vista ejercitada le hizo notar, que los tallos del zacate no se levantaban mucho todavía.

La cuestion de los viajeros era entonces resolver si convenia ó no continuar su marcha entre dos tribus que se hallaban en guerra; pero como habian mandado por delante la canoa, se hacia indispensable avanzar, y se resolvieron á hacerlo con la mayor precaucion, evitando todo encuentro con cualquiera partida.

Este nuevo descubrimiento no era muy á propósito para quitarles el mal humor. No temian los peligros, ya lo habian demostrado; pero no les habria sido posible superar el que se les esperaba encontrándose con una tribu guerrera, siendo muy superior el número de individuos con quienes tendrian que combatir. Sin embargo, les sobran valor y resolucion, y avanzaron sin detenerse. Así llegó la tercera noche de las que pasaron en la llanura, despues de haber dejado muy atrás la huella de los Otomacos y tomado la direccion mas al Poniente, para evitar de este modo un encuentro con ellos. Pero ¡cuál fué su sobresalto, cuando al pasar la

noche junto á una palmera inmediata á un arroyo de agua cristalina, conocieron por los restos de unas lumbradas, que en la noche anterior habia estado allí una multitud de hombres, y que estos debian haber sido los Otomacos! Encontraron tambien algunos restos de carne de venado, que servian á la vez como presa á los lobos y á los gavilanes, de manera que á pesar de todas sus precauciones, habian vuelto á seguir la misma senda que los Otomacos, lo cual se propusieron evitar al siguiente dia.

Durante la noche, el mulato hizo la guardia con rifle en mano, mientras dormian los demas, excepto Soto, que estuvo despierto pensando vivamente en Arabela. Habia salido la luna, derramando su luz sobre la tierra. Repentinamente se quedó inmóvil el mulato, porque le llamó la atencion un pequeño objeto que vió sobre la tierra. Dos minutos despues, estaba al lado de Soto, diciéndole:

—¡Amol!

—¿Qué quieres? preguntó éste algo incómodo, porque le habia interrumpido sus dulces ensueños.

—No enojarse amo. Encontrar cosa extraña.

—¿Qué es pues? enséñamela.

El mulato presentó á Soto un libro de pasta encarnada, adornado con una cruz de oro, que brillaba á la luz de la luna.

—¿Qué? exclamó Soto, sorprendido. ¡Un librol

el Pero luego que lo examinó, dió un grito tan penetrante, que no pudieron menos de despertar Humboldt y Bonpland.

—¿Qué hay? exclamaron los dos con sobresalto, echando mano á sus armas.

Soto, sin poder proferir una palabra, entregó el libro á sus amigos.

—¡Un breviariol exclamaron los dos. ¿De dónde procederá esto?

—Tal vez habrá sido robado por los salvajes á algun misionero.

—¡No, no! exclamó entonces Soto, volteando la primera hoja del libro, en donde se veia el nombre del Padre Acosta, escrito por su mano.

—¿Qué querrá decir esto? preguntó Soto, que se habia puesto en pié. ¿De dónde podrá haber venido el libro del Padre Acosta á estos lugares y llanuras? ¿Acaso estará aquí? ¿Habrá ocurrido alguna desgracia en San Fernando de Apure?

Ya iba á expresar Humboldt su opinion, cuando oyeron un sonido prolongado y lúgubre, semejante al que producen los cuernos que se usan en Europa cuando ocurren incendios. Este sonido se repitió varias veces en el silencio de la noche.

—¿Qué será esto? preguntó Bonpland al guia que habia despertado, y que ponía mucha atencion á aquel sonido.

—¿Qué será esto? repitió el anciano; es el botuto, la trompeta sagrada, por medio de la cual se llama á los Caribes á la guerra.

—¿Qué me importa! exclamó Soto; yo lo que quisiera saber, es cómo ha venido aquí el libro del Padre Acosta. Abrigo sobre esto algunos temores.

Apénas habia pronunciado Soto estas palabras, cuando apareció á su lado la figura de un indio. Era el Piache.

CAPITULO XVII.

La fuga frustrada.

La fiebre de Julia no habia cesado enteramente, aunque la medicina del Piache habia producido efectos benéficos. Este continuó visitando á la enferma; pero jamás solo, sino en compañía del Apoto, de manera que no se podian entender Arabela y él, sobre el auxilio prometido por el Padre Acosta.

Habian trascurrido ocho dias, y en todo este tiempo dejó de asistir el Piache, por lo cual las esperanzas de Arabela se habian convertido en cuidados por su maestro y amigo. Que éste se encontraba cerca de ella, no tenia duda; pero ¿qué se habia hecho su protector? También era un hecho que se habia confiado al Piache ¿le traicionaria éste acaso?

Estos pensamientos pasaban por la mente de Arabe-